

RETORNO CRÍTICO A LOS ORÍGENES DE LA MODERNIDAD

Juan Fernando Ortega Muñoz y Marco Parmeggiani, eds.
Suplemento 2 (1997) de *Contrastes* [ISSN: 1136-9922]

S U M A R I O

Presentación	7-11
<i>Juan Fernando Ortega Muñoz</i>	
Renato Descartes, el buen conductor de su razón	13-31
<i>Carlos Baliñas</i>	
La negación de la cultura europea	33-46
<i>Tomaso Bugossi</i>	
Meditación sobre el sentido y el alcance del <i>cogito</i> cartesiano	47-56
<i>Alberto Caturelli</i>	
El sujeto humano y la moral en el clima <i>light</i> de la posmodernidad, según G. Vattimo	57-82
<i>W. R. Darós</i>	
Paradossi estetici della Modernità	83-101
<i>Carlo Ferrucci</i>	
Crítica de Zubiri a la reforma de la verdad en el inicio de la modernidad	103-116
<i>Gregorio Gómez Cambres</i>	
Los derroteros de dos tiempos: la razón fundante y la razón fundada	117-124
<i>Carlos Daniel Lasa</i>	
Las travesuras del <i>genio maligno</i> cartesiano	125-154
<i>Juan Fernando Ortega Muñoz</i>	
Nietzsche y la certeza inmediata cartesiana	155-183
<i>Marco Parmeggiani</i>	
«Dolce color d'oriental zaffiro»: Borges 'lettore complice' di Dante	185-196
<i>Lucio Sessa</i>	
Le rationalisme cartésien et le droit	197-210
<i>Jean-Marc Trigeaud</i>	
Aurora de la razón radical	211-230
<i>José Villalobos Domínguez</i>	

Presentación

En este final de milenio sentimos la impresión de que se le hubiera detenido el pulso a esa febril actividad filosófica que ha caracterizado la historia del pensamiento de Occidente en los últimos siglos. Desde nuestra perspectiva de hombres casi tercermilenistas nos preocupa esta ausencia germinativa de ideas e ideales, principio que hizo de Europa la madre fecunda del *Logos*, el paradigma de un ideal de convivencia y la exaltación de lo humano. Parece que tuviéramos la sensación de que los ideales más nobles condujesen necesariamente al enfrentamiento fratricida, al abuso del poder, a los campos de concentración o a las masacres colectivas. Un siglo como el nuestro, que se abrió con los más radicales humanismos, con las mayores expectativas de progreso y bienestar para la humanidad, ha sido sin duda el siglo más cruel que recuerda la Historia. Se da en nuestros días como una suicida inanidad que ha llevado a la filosofía a abdicar de su tradicional papel de dirección y conformación de una sociedad dominada y seducida por su prestigio.

Ya nadie sueña, como Platón, en los políticos filósofos o en los filósofos constructores de una *polis* ideal que dinamice desde su *echaton* paradigmático la actividad cotidiana de los ciudadanos. Se han achatado los ideales hasta reducirse a puro interés pragmático, que no va más allá del confort, el placer, el disfrute del momento. La filosofía del estado de bienestar ha sustituido la utopía de una sociedad perfecta. La filosofía parece haber perdido la fe en sí misma y se ha diluido como un azucarillo en otros saberes, como si hubiera dejado de ser un saber sustantivo para convertirse en un difuminado estilo modal de los demás conocimientos. Hay filosofías de todo: de la Historia, de la ciencia, de la educación, del lenguaje, de la política, del Derecho... hasta de la moda, mientras languidece olvidada y empobrecida la Filosofía.

Frente al auténtico sentido esencialmente poético –creador– del saber filosófico, para nada nos sirve esa calcomanía ampulosa, con orejeras,

trasnochada y sectaria de corrientes de pensamiento que un conservadurismo miope de signo religioso o político o ambas cosas a un tiempo, quieren imponernos como auténtico saber filosófico. Toda filosofía que se estanca en un determinado momento del pensamiento, se corrompe y degenera. El genio filosófico necesita espacios libres, horizontes diáfanos, perspectiva infinita. Por eso mi preocupación por esta nuestra filosofía que ha renunciado a crear historia, a trascender las limitaciones del aquí y ahora, a soñar ideales de plenitud, a inventarse un hombre nuevo surgido desde su propia entraña histórica y abierto a la redondez del universo. Esa falta de ideales y de proyectos en lo universal ha provocado el abandono de la sociedad, de la que ella misma surge, porque no tiene nada que proponerle lo suficientemente capaz de comprometerla de cara al futuro, con originalidad y atractivo para poder despertar la curiosidad e interés del hombre de hoy. Hay cada vez un mayor distanciamiento de la filosofía con relación a la sociedad que le da origen; parece condenada a una muerte ignominiosa que, cesante de ideales y de originalidad creadora, agonice olvidada en cualquier rincón de la cultura.

La filosofía ha estado siempre en un diálogo constante, vivo, frecuentemente agrio y apasionado, con la sociedad, a la que intenta de continuo transformar con la mirada puesta en una imagen utópica de convivencia. Este diálogo ha sido fecundo en realizaciones y adelantos sociales, que permanecen como metas definitivamente conseguidas y superadas. Hoy, en un mundo pragmático y egoísta, las utopías se tornan imposibles. Pero una sociedad sin utopías degenera en una pseudo-sociedad en la que lo que priva son los intereses pragmáticos de los poderosos y de los violentos.

Por otra parte, la interminable dialéctica entre la realidad y la filosofía ha constituido la historia del pensamiento occidental, lo nuclear de nuestra cultura, el germen nutriente de todas las renovaciones de la convivencia. Ha sido un diálogo fecundo, un maridaje enriquecedor. Pero hay momentos en la historia en que este diálogo se interrumpe, bien por culpa de un ensimismamiento de la filosofía, que se piensa autosuficiente y cree abastecerse a sí misma, o bien por una chata presencia dominadora de la realidad, que enmudece toda posible interpretación o revelación de sentido. En ese momento captamos incluso el ritmo de lo real, pero se nos escapa como un perfume la melodía. En cuyo caso lo real ni siquiera es real, sino que simplemente es.

En el primer caso, tras la ruptura conversacional, la filosofía se transforma en monólogo, intenta autocrearse e incluso crear el universo a la medida de sus sueños, pero sólo logra un universo vacío, sueño de visio-

nario, locura grandilocuente y narcisista, eco monótonamente repetido de su propia voz. No hay diálogo, tan sólo monólogo. Sólo escucha su propio eco que asume como diálogo. La filosofía construye un metalenguaje –algo tan antitético con el lenguaje que no puede salir jamás de sí mismo–, lenguaje que rueda en el vacío de su propia carencia de significado. Se convierte así en imagen estática, en mónada sin ventanas, en esfera convexa de espejos que reflejan el vacío, la carencia de imagen, la nada de sentido. El lenguaje ha dejado de ser vía, camino, puente tendido hacia otros hombres, por donde la realidad transita, porque todo lenguaje es camino abierto, y por tanto lugar de encuentro con los demás hombres. Pero sólo hay diálogo cuando el pensamiento, la filosofía, está en continuo contacto con la llamada que brota de la entraña, de lo que María Zambrano llamó ‘los ínfimos del alma’, de toda alma, porque sólo desde el interior el hombre es un ser vinculado con los demás hombres, con la historia, con el Fundamento. «No quieras ir fuera. –dijo Agustín– En el interior del hombre habita la verdad». El camino hacia los demás se inicia adentrándonos en nosotros mismos, como ya se empeñó en demostrarnos Plotino. En este caso la filosofía no sueña con señoríos creados por su orgullo autonómico, sino que se torna atenta al ser que de continuo se le está revelando.

Por otra parte, la visión afilosófica de la realidad hace a ésta un cosmos empobrecido, esclavo, alicorto. La filosofía abre el horizonte a un infinito de sentido, porque la realidad sólo nos da su presencia en la desnudez de lo inmediato. Somos hoy más miopes que antes para la lejanía, mientras que perfeccionamos nuestra visión de lo inmediato y concreto. Casi sentimos vértigo al dejar de la mano las cosas que nos circundan y aprisionan. Pero el hombre en la inmediatez se asfixia. Estamos necesitados de horizontes abiertos, de rutas hacia el infinito, de apertura hacia la transcendencia.

Vivimos en un momento privilegiado para el pensamiento, para la filosofía. Cada día es más lúcida la conciencia de que la llamada ‘Filosofía de la Modernidad’, el Racionalismo, es una etapa del pensamiento agotada, una estancia donde el hombre de hoy ya no puede vivir, ya que no se ajusta al mundo de nuestras exigencias y expectativas. Estamos a la aurora de una nueva era, de un nuevo comenzar, de un Renacimiento. Pero como todo comienzo en filosofía es un retornar, un proceso acumulativo que como la vida misma progresa transformando las etapas anteriores en fermento que posibilita y condiciona los nuevos rebrotes. Estamos cerrando una etapa brillante y fecunda del pensamiento. Es el momento de una mirada retrospectiva, de analizar dónde perdimos el camino, qué desviación desde los comienzos nos ha llevado a ese idea-

lismo que condujo al endiosamiento de una cultura que parece haber estado abocada a las locuras del despotismo, las dictaduras, los racimos, los nacionalismos excluyentes y antihumanos. Como en todo final de todos los ciclos de la historia se impone la vuelta al hombre, a este hombre que se desprende de los oropeles de su endiosamiento y se descubre un ser mendigo de felicidad, de conocimiento, de sentido y de amor.

Por ello el sentido de esta publicación: *Retorno crítico a los orígenes de la Modernidad*. Los artículos que siguen nos pueden orientar, iluminar, servir de brújula que nos indique hacia dónde se dirige el hombre pensante, el filósofo, a los comienzos de este tercer milenio, después de tanto padecer, cuando el hombre desilusionado de tanto humanismo engañoso se atreve a preguntar con Zambrano: «¿Sucederá tal vez que lo humano no sea la mejor medida para lo humano? ¿No estamos frente a un conflicto, el más hondo de nuestra época humanista? Conciencia y piedad han venido disputándose el mundo del hombre. Nuestra historia de occidentales no es en sustancia otra cosa que el largo y angustioso padecer de este conflicto, con sus raros instantes de armonía y concordia. [...] ¿Podemos definirnos, como es el más obstinado intento moderno, solamente en relación con lo ‘humano’?».

Zambrano piensa que no, que el hombre está necesitado de una revelación, que el sueño de un saber ‘autonómico’, que se baste a sí mismo, que se construya desde sí mismo, que sea autosuficiente y autocreador, no es sino un espejismo. «Porque además de la llamada ‘naturaleza racional’ –continúa diciendo María Zambrano–, conserva siempre algo de la primitiva mezcla sagrada, de la participación misteriosa y primaria con la realidad toda; algo del mito y de la fábula; tiene un sueño». Un sueño del que partimos al despertar a la conciencia, un sueño en el que se nos da el ser, que hemos de realizar en nuestro existir, que hemos de cumplir en aras de un anhelo que posibilita y dinamiza nuestro actuar. Porque el hombre «quiere ser y, excepto los llamados filósofos, confía su ser, no a la realización del claro esquema racional, sino a un oscuro e indefinible anhelo; anhelo oscuro más fuerte que nada, que le hace lanzarse sin ver porque teme no tener tiempo, o porque teme despertar, si mira. Mientras los filósofos desde siempre lo llaman a la vigilia, él se obstina en su vida sonambúlica, tan parecida a la que llevó en la caverna maternal. Se siente en el mundo, en medio de las cosas que son, como una larva que ha de crecer y formarse. Y no puede detenerse a mirar. Mas la conciencia por su parte avanza. Cada vez es más amplio el territorio que domina su luz cernida; cada vez es más amplia su revelación. Y así se agudizará el conflicto entre la historia –la fábula– y la

claridad de la conciencia». Sólo la síntesis de esa 'luz cernida' que se apoya y enrosca en la 'revelación', nos dará un camino nuevo que supere la soberbia de la razón y la soberbia de la vida, un nuevo saber de integración entre la razón intuitiva y la razón discursiva, un saber conforme al hombre.

Juan Fernando Ortega Muñoz
Catedrático de Filosofía de la Universidad de Málaga